

LECTURAS POPULARES.



La decision hace más que el dinero.

Suele decirse en nuestro lenguaje vulgar: *Más hace el que quiere que el que puede.* Lo que vamos á referir es buena prueba de ello; y aunque á primera vista parece increíble, es con todo eso muy verdadero, y quizá viva todavía la piadosa jóven autora de la gran obra que vamos á narrar, cuyo nombre no se quiso publicar por no mortificar su modestia.

Julia C... era una pobre muchacha lugareña y de muy pocos recursos, que vivia en U..., distrito de Valencia (en Francia): era muy laboriosa, caritativa y de mucha fe. Viendo que andaban por las calles del pueblo unas cuantas muchachas huérfanas y abandonadas, no tuvo valor para dejarlas en tal estado, y se decidió á recogerlas. Vivia en una pequeña casa, y sólo tenia unos pocos muebles y una mala cama. Lo de ménos era el recogerlas para dormir; pero ¿y el mantenerlas?

Aprovechando la época de la siega, Julia iba con sus niñas á espigar y recoger paja por los caminos y las haciendas donde le dejaban entrar: con aquel poco de paja fresca y muy limpia, les arregló donde dormir. Por la mañana aseaban la casa, rezaban un rato en union de Julia, pedian limosna con mucha modestia, y ella misma la pedia tambien. Por las noches Julia les enseñaba á hilar y hacer calceta, y rezaban juntas el Rosario: comian despues

unas pobres sopas, y se acostaban todas juntas con mucho decoro. En el invierno, á falta de ropa, se daban calor unas á otras. Julia reunió hasta veinte niñas en su pobrísima y desmantelada casa. Jamas se ha visto en el mundo un hospicio más barato. Allí ni habia presupuesto, ni director, ni empleados, ni salas, ni talleres, ni portería. Unas malas sillas, una mesa, unas cuantas ruelas, un monton de paja y unos líos de ropa muy vieja, pero limpia en lo posible, eran lo que constituia aquel extraño cuanto económico hospicio.

Hermoso espectáculo era el que solia presentar el asilo de Julia por las tardes al ponerse el sol. Sentada á la puerta de su pobre casita, hilando con su rueca, veia ir llegando algunas de las niñas mayorcitas, que habian ido á pedir limosna por los pueblos y alquerías inmediatas, ó á otros quehaceres y faenas: otras tenian en sus brazos y cuidaban á las niñas más pequeñitas, que apénas sabian andar: las medianitas correteaban por la pradera inmediata, ó jugaban unas con otras á los piés de Julia. Esta, sin cesar en su faena, pasa la vista de una en otra, sonríe con una, dirige á otra una advertencia con cariño, reprende á las más vivarachas y traviesas, prohibiéndolas que corran con exceso, ó se hagan daño, y sostiene con ellas otros interesantes diálogos, sin cansarse por el incesante preguntar de las pequeñas.

Esto llegó á llamar la atencion, como no podia ménos, y algunas personas caritativas principiaron á socorrer á Julia y á sus alumnas. Con esto pudo alquilar una casa mayor, comprar jergones para sus niñas, y hacerles algunas camisitas: en algunas casas acomodadas le principiaron á pedir sus niñas para criadas, y daban buenos resultados, pues la educa-

cion que les habia dado la pobre Julia, con ser ella una mujer que apenas sabia leer, era muy religiosa y cristiana, de mucho pudor y humildad; y como ella misma sufria con tanto cariño las impertinencias de sus niñas, resultaba que ellas tambien eran sufridas y nada pendencieras, ni respondonas. Algunas se han casado con jornaleros y artesanos del país, y han salido excelentes mujeres: últimamente contaba con tres de sus alumnas casadas y en posicion algun tanto desembarazada, que le daban para ayudar á sostener á sus niñas, y pagaban de este modo la deuda de caridad que tenian contraida: habian sido recogidas por Julia á la edad de dos años, y tenian á la sazón veinte y siete (1). Otras muchas mujeres, y aun señoras de aquel canton, la ayudaban tambien con recursos y favores para sostener su establecimiento, que llegó á contar hasta ochenta y cuatro niñas.

Mas no se crea que para sostener su hospicio contara la piadosa directora con otros medios que los que le sirvieron para fundarlo: el milagro subsiste. Á pesar de sus años y fatigas (en 1852 tenia 67 años) vá de una parte á otra á buscar el pan para la semana, lienzo y ropa vieja para sus niñas, sin reparar en la intemperie, á pesar de los desaires que algunas veces sufre, sin dudar jamas de la Providencia; y la Providencia jamas le ha faltado.

No se crea que estas penas y fatigas basten para agotar su celo: todavía extiende su caridad á otros desgraciados del país: cura sus llagas, socorre á los indigentes, y los visita en sus más oscuros rincones. Tales son los prodigios que la caridad, inspirada por

(1) Este artículo se escribia en 1852.

la fe, hace cumplir á una pobre mujer desvalida.

La Academia francesa, prendada de su virtud, acordó darle un premio de 2,000 francos (unos 8,000 reales) para ayudarla.



Santa Teresa de Jesús.

No parecerá imposible lo que acerca del hospicio de Julia C... acabamos de contar, á quien conozca la eficacia de la caridad cristiana, y á quien sepa otros portentos análogos obrados por mujeres no ménos pobres que aquella. Sin salir de España, y entre muchas que pudiéramos elegir, damos con gusto la preferencia á Santa Teresa de Jesús, cuya fiesta celebra la Iglesia en este día, siendo además Compatrona de España por acuerdo de nuestras antiguas Córtes, ratificado por las del año 1812 en Cádiz.

Era Santa Teresa de una ilustre familia de Ávila, y se llamaba Doña Teresa de Cepeda y Ahumada. A pesar de las brillantes colocaciones con que la brindaba el mundo por su hermosura y talento, y las simpatías que inspiraba á todos los que hablaban con ella, entró monja carmelita á disgusto de su familia. Deseosa de mayor austeridad, fundó el instituto de la reforma del Carmen, para vivir con todo el rigor de la primitiva regla de la Orden; escribió muchos y muy preciosos libros, que leen con asombro aun las personas más adelantadas en la teología mística; y á pesar de no tener dinero alguno, ni recursos, dejó fundados 16 conventos de religiosas, en los últimos veinte años de su vida, en Ávila, Medina, Malagon, Valladolid, Toledo, Salamanca, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Jara, Palencia, Soria, Granada, Burgos y Alba de Tormes, donde murió y se venera su cuerpo incorrupto.

Pero sus fundaciones eran pobrísimas, y por lo comun con harta estrechez. Sobresale entre ellas la fundacion del convento de Toledo, por los apuros y pobreza que allí pasó, y que es una cosa parecida en su tanto á lo que hemos referido de Julia C...

La misma Santa Teresa lo refiere en la obra que escribió con el título de *Libro de las fundaciones de las Hermanas Descalzas* (cap. 15). Después de contar el origen de la fundación de Toledo, dice así:

«Llegué á Toledo vispera de Nuestra Señora de la Encarnación (año 1569), y fuíme en casa de la Sra. Doña Luisa (1), que es en donde había estado otras veces, y la fundadora de Malagon. Fui recibida con gran alegría, porque es mucho lo que me quiere: llevaba dos compañeras de San José de Avila, harto siervas de Dios...»

Pasa en seguida á referir los apuros que pasó para obtener la licencia de la autoridad eclesiástica para fundar, viéndose en el caso de tener que hablar con energía al Gobernador del Arzobispado, diciéndole «que era recia cosa que hubiese mujeres que querian vivir en tanto rigor, y perfeccion, y encerramiento, y que los que no pasaban nada de esto, sino que se estaban en regalos, quisiesen estorbar obras de tanto servicio de Nuestro Señor.»

«Estas y otras cosas le dije con una determinacion grande, que me daba el Señor. De manera le movió el corazon, que ántes que me quitase de con él, me dió la licencia. Yo me fui muy contenta, que me parecia ya lo tenia todo, sin tener nada, porque debian ser hasta tres ó cuatro ducados los que tenia, con que compré dos lienzos (porque ninguna cosa tenia de imagen para poner en el altar), y dos jergones y una manta.»

Cuenta en seguida las dificultades que tuvo para proporcionarse casa donde poder fundar, y que últimamente se la proporcionó un pobre jóven, consiguiendo éste lo que no habían podido lograr una porcion de personas ricas y bien acomodadas de Toledo.

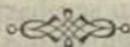
«Instaladas en la casa, pero sin ajuar alguno, continúa diciendo, estuvimos algunos dias con los jergones y la manta, sin más ropa; y aun aquel día (en el que tomaron posesion de la casa) ni una seroja de leña teníamos para asar una sardina, y no sé á quién movió el Señor, que nos pusieran en la iglesia un haccito de leña, con que nos remediamos. Á las noches se pasaba algun frío, que le hacia, aunque con la manta y las capas de sayal, que traemos encima, nos abrigá-

(1) Era Doña Luisa de la Cerda, de la ilustre casa de los Duques de Medinaceli, y señora de Malagon.

bamos, que muchas veces nos aprovechan. Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora, que me queria tanto, entrar con tanta pobreza: no sé la causa, sino que quiso Dios que experimentásemos el bien de esta virtud...

»Ello fué harto bien para nosotras, porque era tanto el consuelo interior que traíamos y el alegría, que muchas veces se me acuerda de lo que el Señor tiene encerrado en las virtudes. Como una contemplacion suave me parece causaba esta falta que teníamos, aunque duró poco, que luego nos fueron proveyendo, más de lo que quisiéramos, el mismo Alonso Alvarez y otros; que es cierto que era tanta mi tristeza, que no me parecia sino como si tuviera muchas joyas de oro, y me las llevaran, y dejaran pobre; así sentía pena de que se nos iba acabando la pobreza, y mis compañeras lo mismo, que como las ví mústias, les pregunte qué habían, y me dijeron: —¡*Qué hemos de haber, madre; que ya no parece somos pobres!*»

»Desde entónces me creció el deseo de serlo mucho, y me quedó señorío para tener en poco las cosas de bienes temporales, pues su falta hace crecer el bien interior, que cierto trae consigo otra hartura y quietud.»



Rasgo de caridad.

Un Cura de una aldea diezmada por la disenteria (ó diarreas pertinaces), pasó á visitar á una pobre familia, que no habia asistido á la Misa parroquial un dia de fiesta, sospechando que se hallasen enfermos los individuos de ella. El padre, la madre y sus seis hijos estaban tirados sobre unos jergones, llenos de inmundicia y padeciendo atroces dolores: un hedor pestilente infestaba la habitacion y provocaba náuseas. El pobre Cura, escaso de recursos, pero lleno de caridad, entra allí, aunque apenas podia respirar: exhorta á la familia, y la consuela como Dios le da á entender: en seguida abre la ventana de aquella zahurda, toma la escoba, barre la habitacion, sacando fuera una porcion de inmundicia, y arregla los escasos muebles.

Viendo á la familia un poco reanimada á vista de su dili-

gencia, marcha á otra casa un poco distante, donde vivia una viuda con tres hijas: dirigese á la mayor á presencia de su madre, y le dice:

—Maria, necesito que Vd. concluya lo que yo dejo principiado: la familia de Fulano se halla muy mal: están todos enfermos, y no tienen quien los cuide. Es preciso que Vd. se encargue de asistirlos.

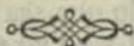
La jóven baja los ojos ruborizada, mira á su madre, y dice:

—¡ Si mi madre quiere!

—Sí, hija mia, dice ésta, iba á mandártelo: tu hermana Pepa está ya asistiendo en casa de los N... (otros vecinos enfermos); ve tú á donde dice el señor Cura, que yo me quedo con la pequeña para cuidar la casa.

¡ Qué sencillez y qué abnegacion tan hermosa en la madre y en las hijas!

La Providencia echó su bendicion sobre esta familia, y, á pesar de andar entre los enfermos y pasando malos ratos, ninguna de ellas cayó enferma.



La peseta y el bolsillo.

Un estudiante holgazan, que en vez de estudiar habia estado jugando toda la noche, perdió todo el dinero que tenia. Al acostarse mohino y cabizbajo, se halló en un bolsillo una peseta olvidada, salvada del naufragio, gracias á un descosido en el forro del bolsillo del chaleco. Echóse á discurrir qué haria con la peseta, y cómo sobre tan débil cimiento podria reconstruir el edificio de su fortuna. Despues de mucho cavilar, acordó comprar un bolsillo. Pero ¡ oh desgracia! luego que tuvo bolsillo, se encontró sin dinero que meter en él.

La cosa es harto ridicula, querido lector; pero bien mirado, ¿ cuántos hombres hay que hacen otro tanto? ¿ Quién sabe si lo habremos hecho nosotros? Veamos.

Hay algunos que gastan su caudal en edficar una magnífica casa para vivir ellos, y luego tienen que malvenderla para comer. Estos cambian la peseta para comprar bolsillo.

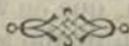
Lo mismo sucede con los que ponen su casa con mucho lujo, y luego tienen que malvender los muebles.

Otros, por no trabajar, dan su dinero á rédito ó á censo, se meten á usureros, y desuellan á otros con exorbitantes réditos: los deudores abrumados se arruinan, ó más pica-ros quizá que los usureros, hacen como que se arruinan, y con su caída arrastran á los prestamistas. Estos, en tal caso, han cambiado la peseta para comprar bolsillo.

Hay otros que por no trabajar se meten en especulaciones atrevidas, comprometiéndolo malamente su fortuna; ó bien dan su capital á trueque de sacar un destinillo: al poco tiempo quedan cesantes, y se hallan sin caudal y sin destino. Esto también equivale á dar la peseta para comprar bolsillo.

¿Sabeis de alguno que se haya hecho rico con la lotería? Ello, direis, que á algunos les cae; pero ¿qué será que á nadie le luce tal dinero? Digan lo que quieran los aficionados, el jugar á la lotería es dar la peseta para comprar bolsillo. Lo seguro es que cuesta el dinero, y que casi todos los jugadores se quedan con una tirita de papel, que ni aun vale lo que el bolsillo del estudiante.

En una palabra, todo lo que sea querer ser rico sin trabajar, fiar en la casualidad y no en sí mismo, llevar lujo y aparato superior á su clase, comer y pasear y olvidar su profesion, es dar la peseta para comprar bolsillo, y quedarse luego con el bolsillo vacío.



Máximas.

La gracia de Dios es una joya, que cuesta poco y vale mucho.

La gracia de los poderosos del mundo es una joya, que cuesta mucho y vale poco.

Por todos los artículos,

José de Castro.

EDITOR RESPONSABLE: FRANCISCO DE ROBLES.

Imprenta de Tejado, á cargo de Francisco de Robles, Leganitos 47.—1858.